

tólicos, conocida con el nombre de *Puerta dorada* desde que la hizo dorar Felipe II; los vastos lienzos de muralla levantados por el ceremonioso Don Pedro: la Puerta real, la bodega, el lagar, el claustro, el refectorio, la biblioteca, el dormitorio del noviciado, cuyas numerosas ojivas privadas ya de las bóvedas que antes sostenían, parecen cernerse en el aire bajo la azulada cúpula del cielo; el palacio del rey Don Martin que bellamente se dibuja detrás de los torreones de la puerta, adornado de ricas ventanas góticas tras cuyas ligeras columnitas y delicadísimos calados se vé aun descollar, sobre el vasto conjunto del monasterio, el alto cimborio gótico que cobija el cruzero; la iglesia, por fin, vasto templo sentado sobre sus eternos pilares y enriquecido con el altar de mármol regalo del gran César Carlos V.

Sí, todo esto queda aun y por ello puede medirse lo que pudo ser el coloso. Ayer fué panteon de los reyes, hoy es nido de aves de rapiña; ayer se alzaba majestuoso con su manto de torres y su diadema de cúpulas, y hoy el viento turba el silencio de sus capillas y corredores penetrando melancólico por las brechas de derribados muros; ayer no veía entrar por sus puertas mas que á devotos romeros y piadosos peregrinos que iban á doblar la rodilla ante sus altares, y hoy no vé sino curiosos viajeros y errantes artistas que van á recorrer alegres ó silenciosos sus ruínas: ayer en fin recibió el homenaje de todos los pueblos del contorno, y hoy los pueblos han levantado con sus escombros los edificios que les sirven de albergue y de recreo.

Como una turba de milanos se arroja sobre la ansiada presa y la desgarran y devoran, una multitud de hombres cayó un dia sobre el monasterio bajo pretexto de salvar los pocos objetos que á la primera destruccion habian escapado.

Hombres y objetos no tardaron en desaparecer!

Así hacen los buitres con los cadáveres en los campos de batalla.

Allí quedan sin embargo mudas pero elocuentes, humildes pero majestuosas, resignadas pero denunciadoras las ruinas de Santa María de Poblet. (1)

(1) (Véanse las notas al fin del tomo.)

EL DESIERTO DE LAS PALMAS.

(VALENCIA.)

I.

INTRODUCCION.



O lejos de Castellon de la Plana, de esa risueña villa arrancada un dia á los moros por Don Jaime I, se eleva un edificio de sencilla pero severa arquitectura, cuyos robustos paredones le dan cierto aire de fortaleza que de lejos pudiera hacer creer al viajero en la existencia de un castillo perdido en aquellas melancólicas y pintorescas soledades.

Y sin embargo, no es otro aquel edificio que el convento de Carmelitas descalzos situado en el territorio llamado *el desierto de las Palmas*, y conocido generalmente por el nombre del terreno en que magestuoso se eleva.

No se busque allí en la obra de la naturaleza, ni regularidad ni armo-

nía. Todo son picos mas ó menos elevados que ven abrirse á sus piés profundos barrancos, terribles hundimientos, escavaciones naturales por la poca solidez del terreno, el cual surcan, como líneas de plata, tímidos y murmuradores manantiales. Es un sitio rodeado de un colorido salvaje que encanta, lleno de una poesía simpática que enamora.

La vegetacion se ofrece vigorosa y sana, favorecida por los numerosos barrancos que la guardan nutriéndola con sus humedades, abrigándola con sus informes muros. Aparecen á primera vista, lujosamente vestidas de retama, arbustos y rosales silvestres, largas lomas y anchurosas cuestas cubiertas de madroños que permiten atravesar por entre la espléndida verdura de las hojas sus frutos ensangrentados; mas allá las miradas se hunden entre bosques de palmas que ven con asombro crecer nó lejos de ellas al centenario ciprés; y en el fondo un estenso pinar corona aquellos montes, sombrío marco de tan pintoresco paisaje. Mantos de raras flores y desconocidas plantas se extienden por dó quier embalsamando con sus fragancias el aire, y esparcidas por las lomas de las colinas, asoman, medio ocultas entre bóvedas de follaje, las solitarias ermitas consagradas á la meditacion y penitencia de los padres del convento.

Tal es el sitio escogido por los Carmelitas para sus prácticas de virtud y ascetismo. Los religiosos habitantes de este desierto eran muy austeros y muy queridos en el pais por los beneficios que hacian, lo que motivó que las autoridades y personas mas distinguidas de Castellon solicitasen del gobierno su conservacion cuando fueron suprimidas las órdenes monásticas. Accedió aquel, aunque con la condicion de que los religiosos vistiesen el traje clerical y así se verificó, subsistiendo en el dia la comunidad sin embargo de que muy reducida.

Antes de pasar á ocuparnos mas detalladamente de este pintoresco lugar; antes de penetrar en el convento y visitar á los piadosos anacoretas que, el silicio en la mano y el rezo en los labios, trepan por la árida cuesta de la perfeccion cristiana, digamos algo de la institucion, digamos algo de los carmelitas en general.

La ocasion no puede ser mas propicia.

Es una historia que empieza como una novela.

II.

DUELO Á MUERTE.

EMPEZABA el horizonte á teñirse con las primeras y mágicas luces del dia y la naturaleza entera parecia rejuvenecerse saliendo del opresor imperio de las sombras.

Á esta hora, el 8 de setiembre de 1185, cuatro hombres comparecieron de pronto en una de las gargantas mas profundas de la Calabria, de esa tierra de salvajes sitios y pintorescas perspectivas que con tanta verdad ha sabido copiar el pincel de Salvator Rosa.

Esos cuatro hombres caminaban mudos como sombras registrando cuidadosamente con la vista los sitios por donde pasaban.

— Ya estamos — no tardó en gritar, volviéndose hácia sus compañeros uno de los cuatro que se habia adelantado un centenar de pasos.

Los otros tres prosiguieron marchando aun por espacio de dos minutos deteniéndose enseguida.

De nuestros cuatro personajes, tres se presentaban vestidos con una elegante sencillez. Una especie de birrete de terciopelo negro resguardaba su cabeza, y se veia ceñida á su cuerpo una túnica tambien de terciopelo del mismo color, colgando á su costado izquierdo, en su vaina de pulido hierro, una larga espada sostenida por un ancho cinturon de búfalo con hebilla de oro.

El traje del cuarto desconocido formaba por su riqueza el mas singular contraste con el de los otros. Descansaba sobre su hombro la larga y ondulante pluma blanca de su bordado birrete: sobre su túnica de terciopelo escarlata brillaba un broche de diamantes; colgaba de su cuello hasta mitad del pecho una cadena de piedras preciosas, deslumbrante de rayos y belleza, su capita tambien de terciopelo escarlata, corta y echada hácia atrás, dejaba al descubierto

su jubon de damasco con bollos de encaje, y en el lazo de la bordada banda que suplía al ausente cinturón, veíase retenida una espada cuyo puño era de oro y cuya vaina era de finísima plata. Unas calzas tan ricas como su jubon y unos botines de gamuza con espuelas de oro, completaban ese brillante traje de corte que era llevado, forzoso es decirlo, con una dignidad y una gracia verdaderamente notables.

Al ver este personaje, que era de alta estatura, y cuyos rasgos todos respiraban el orgullo y la audacia, hubiérasele tomado por un rey ó á lo menos por un príncipe. Y sin embargo, ni era rey ni príncipe; era no mas que un caballero, pero caballero como no contaba otro en sus filas la nobleza napolitana que fuese de raza mas ilustre ni de mas espléndida liberalidad. Jamás se habia visto sácio de placeres y de escándalos; todo lo osaba y á todo se atrevía; generoso hasta la prodigalidad, no habia podido aun llegar con todas sus fastuosas liberalidades, hasta el fondo de su inmensa fortuna; audaz hasta la impudencia, ninguna virtud habia conseguido resistir aun á sus galanteos, á su temeridad ó á su oro. Habia llenado la corte y el reino con sus locuras, su lujo, sus amores y sus duelos. Era algo en fin como un abuelo de Don Juan Tenorio.

La flor de la juventud se habia ya marchitado sobre su frente, ocho lustros habian pasado sobre su cabeza dejando á su paso algunos plateados hilos entre la negra mata de su larga barba, pero se consideraba y estaba en realidad, muy lejos de haber llegado al término de su carrera. Un porvenir lujoso de orjías y rico de amores abria aun ante él sus doradas puertas á cuyo umbral veia salir en tropel á recibirle todas las seductoras beldades de sus siempre jóvenes ensueños.

Á pocos pasos del sitio donde se habian detenido nuestros cuatro personajes, un torrente, saltando de roca en roca, precipitaba con siniestro fragor en un abismo sin fondo sus bullidoras ondas.

Sonó una palmada, y dos de entre ellos marcharon con paso firme y resuelto hácia al abismo, sacaron su espada y estendiéronla en seguida sobre las aguas del torrente, elevando la otra mano al cielo como para tomarle por testigo del tácito juramento que trocaban.

Uno de esos hombres era aquel del cual con mas minuciosidad acabamos de hablar, describiendo su traje y apuntando su carácter. El otro era el mas jóven de los cuatro, galan y apuesto caballero de veinte y seis á treinta años.

Una nueva palmada dejóse oír, entrambos se volvieron yendo á colocarse uno en frente de otro, espada en mano.

Hubo una pausa y un silencio terribles; los testigos examinaban desde su sitio si se cumplían las formalidades prescritas por las leyes del honor en todo duelo.

Por fin, sonó la tercer palmada, y las dos espadas se buscaron, se hallaron, se cruzaron.

Empezó entonces una lucha terrible que por largo tiempo dejó incierta la victoria. Los dos adversarios eran hábiles y entendidos en el manejo de la espada; solo que el uno se batía con la mas completa serenidad como si se tratara de un juego, mientras que el resentimiento, el furor y la venganza guiaban el brazo del otro.

Uno de los dos cayó en fin, y cayó como una roca que se desploma de pronto, sin dar un grito, sin despedir un gemido.

Era el mas jóven.

El vencedor, sin decir nada, enjugó su espada en el musgo, y fué á sentarse sobre una piedra. Si los testigos hubiesen fijado en él su atención, hubieran notado que estaba escesivamente pálido y que pasaba varias veces una mano convulsa por su rostro.

Los dos testigos se habian arrodillado junto al herido. El primero aplicó la mano á su corazón de donde se escapaba la sangre por una profunda y terrible herida. El segundo pegó sus labios á sus labios para asegurarse de si respiraba todavía, pero no tardó en incorporarse y en menear la cabeza como para decir á su compañero: — «Todo está concluido.»

En seguida, despues de haber hecho la señal de la cruz sobre el muerto y haberse persignado á su vez ellos mismos, tomaron el uno por los piés y el otro por los hombros, el cadáver, y arrojáronle al abismo volviendo la cabeza.

Terminada esta operacion, se acercaron al vencedor cuyas miradas habian estado constantemente inclinadas y fijas en el suelo con una bien singular expresion, saludáronle cortesmente, pero sin decir una palabra, y se alejaron cada uno por un sendero diferente, sin embargo de tomar entrambos la direccion de Cosenza.

Todo se habia pasado en silencio, en el mas sombrío, mas terrible, pero tambien mas elocuente silencio.

Dos horas mas tarde, el vencedor del combate permanecia aun sentado en la piedra donde se habia dejado caer despues de su sangrienta victoria.

Por vez primera en su vida habia llorado.

Por vez primera en su vida habia sentido penetrar en su corazón el remordimiento, esa opresora maldicion que Dios ha sabido encontrar para los culpables.

III.

LA ESPIONAJA.

Ocho dias despues de la dramática escena que en el anterior capítulo hemos contado, un hombre, cuya respiracion era fatigosa y pesada, estaba tendido á orillas del camino que conduce de Cosenza al mar, bajo el pobre y empolvado follaje de un olivo.

Era un hombre de alta estatura, y una espesa barba negra, plateada en ciertos sitios, daba un rasgo varonil á su rostro fatigado y pálido que, lleno de cierta distincion, estaba en completo desacuerdo con los miserables harapos que le cubrian. Un sayo de gruesa y ordinaria tela le envolvía todo entero, y una cuerda, despues de rodear su cuello, caía hasta sus piés desnudos como su cabeza. Empuñaba debilmente un largo baston, y una alforja pendía de sus hombros.

—Dios mio! oh! Dios mio! — murmuraba de cuando en cuando.

Y en seguida de haber pronunciado esta exclamacion, la única que salía de sus labios, cerrábanse sus ojos como si hubiese querido dormirse, y, abrasado por la sed, paseaba sin cesar con desesperacion su lengua seca y ardorosa por sus labios de que sentía como brotar fuego.

De pronto se levantó, vencido acaso por el dolor, y se puso á correr lo mismo que un loco hácia adelante, hácia atrás, á la izquierda, á la derecha, por todas partes, interrogando el espacio con mirada febril, ansiosa, ávida; pero no vió sobre su cabeza mas que un sol de fuego nadando en un mar de azur, y á sus piés y en torno suyo mas que un polvo fino y abrasador cuyos imperceptibles átomos, penetrando en su boca, iban á avivar la sed horrible que le devoraba.

Entonces, falto de fuerzas, de resignacion, de valor, lanzó hácia Dios uno

de esos gritos en los cuales se traducen y venden todas las angustias de un alma que se abandona, pero casi al mismo tiempo, cayendo de rodillas y levantando sus plegadas manos al cielo, exclamó con una contricion la mas profunda:

—Oh! nó, nó, vos sois justo, Dios mio, y bendito sea vuestro santo nombre así en el cielo como en la tierra!

Algunos dias mas tarde, el mismo hombre sentado en la playa de Messina, contemplaba con ojos bañados de lágrimas, la alfombra de mar limpio y tranquilo que se desarrollaba á sus piés y que estendía hasta perderse de vista su pulimentada lámina.

Plegadas las velas, un buque se balanceaba muellemente sobre sus dos áncoras á unas trescientas brazas de la orilla. Una lancha se despegó bien pronto de este buque, cinglando hácia la costa, y fué á abrigarse entre dos rocas.

Cuatro marineros y un hombre que parecia ser su gefe saltaron en la arena á pocos pasos del mendigo de la poblada barba negra y de la alforja.

—Capitan, — dijo uno de ellos mirando las nubecillas blancas que se dibujaban como desplegados velos de vírgenes en el cielo azotadas por una llijera brisa — ahí tenemos al viento que se decide completamente por el este.

—Entonces, esta noche al avío.

—O Señor, Señor Dios mio! — murmuró el mendigo que había caído de rodillas, — ese mar! ese mar!

—Calla! que le quieres tú á ese mar? — exclamó sorprendido el hombre á quien habían llamado capitan, volviendo el rostro al oír la exclamacion del mendigo.

—Oh! tuviera yo para atravesarle las alas rápidas de la golondrina ó las velas de ese hermoso buque que allí distingo!

—Ese buque que distingues es el mio, camarada. Dónde irías si le tuvieras?

—Allí donde nace el sol, — dijo el mendigo estendiendo su mano hácia el oriente.

—Precisamente es el camino que debo seguir. Pero, quién te llama á ese pais, donde la tumba de Nuestro Señor Jesucristo es profanada por los infieles?

—La voz de uno de los hombres que anunciaron su venida á la tierra: la voz de un hombre que es hoy un santo en el cielo.

—Y si yo te condujera allí, qué servicios podrias prestarme durante la travesía?

—Capitan, — exclamó el mendigo con una especie de orgullo y levantando

su cabeza, —poseo dos brazos robustos aun, y un valor que nunca ha retrocedido ante ningun peligro por grande que fuera. —En seguida añadió con humildad como avergonzado de lo que de decir acababa: —Seré el servidor del último de vuestros servidores.

—Tu nombre?

—Hoy no tengo mas nombre que *la espiacion*.

—Está pues cargada de un crimen tu conciencia?

—De un crimen! oh! si no estuvira cargada mas que de uno! Pero he cometido tantos y tan grandes, que necesito creer en todo lo infinito de la misericordia de Dios para no desesperar de mi salvacion.

—Vamos, está visto, ese hombre es un loco —dijo el capitán volviéndole la espalda.

—Ó un santo varón, —esclamó un anciano marinero descubriéndose con respeto, no ante su gefé, sino ante el mendigo.

—Calla! tú crees, Cristóbal.....

—Creo que el Mediterráneo tranquilo y dulce hoy como un ángel del buen Dios puede presentarse quizá mañana maligno como un diablo, y creo que los santos varones nunca están de sobra en ninguna parte, particularmente entre un cielo que truena, un viento que silva y un mar que brama.

—Verdad es, —dijeron los otros marineros. —Cristóbal tiene razon. Quien sabe si sus rezos.....

—Yo un santo varón! —esclamó el mendigo inclinando humilde su frente.

—No le creais, hermanos míos; soy por el contrario el mas grande de los pecadores.

—No importa, —replicó el capitán. —Tú quieres partir, no es verdad?... Pues bien, aguardanos aquí, vamos á nuestros negocios y volvemos en seguida.

—Oh! gracias, gracias! y que las bendiciones de un Dios misericordioso caigan sobre vuestra frente! —esclamó el mendigo prosternándose á sus piés que besó fervorosamente.

Dos horas no habian aun transcurrido cuando volvieron á comparecer el capitán y sus marineros.

—Síguenos! dijo el capitán al mendigo.

El mendigo les siguió.

Todos cinco entraron en la lancha que se hizo mar adentro, en dirección al buque que se mecía inquieto, impaciente quizá de romper sus cables y de lanzarse al espacio favorecido por la hermosa brisa que soplaba.

IV.

LA SOMBRA DEL PROFETA.

Tres dias transcurrieron, y, favorecida por el tiempo, la tripulacion durante ellos no tuvo otra cosa que hacer sino cruzarse de brazos y abandonarse al viento que hinchaba las velas del buque y le impelia sin esfuerzo ni sacudimiento hácia el término que alcanzar se proponia.

El mendigo habia pasado en oracion esos tres dias.

La tarde del cuarto estaba de rodillas sobre el puente.

—Dios mio! Dios mio! —se decia confesándose en voz baja, —me perdonais? Grande es vuestra misericordia, pero son tan grandes mis pecados!

«Hallé á una muger en mi camino, hermosa como una idea de amor, que cifraba en ella sola la gloria de su esposo y la dicha de sus hijos; yo seduje á esa muger, la abandoné en seguida y murió de su deshonra y mi abandono.

«Una jóven bella y casta como esa muger, que hacia la alegría y el orgullo de su familia, respondió á mis sonrisas con sonrisas, á mis caricias con caricias..... y la mató su padre.

«Otra jóven, bella y casta tambien, se fió en mis palabras, creyó en mis promesas..... y asesinó en un duelo á su hermano!

«Señor, Señor, ya lo veis, grandes son mis pecados. Me perdonais, Dios mio?»

Entónces le pareció oír una voz que venia desde lo alto y que le decia.

—Consuélate, y espera si te arrepientes, porque Dios ha dicho: Mas cerca de mí se sentará en el cielo quien del fondo de su corazón se haya arrepentido, que aquel que jamás haya violado mis preceptos.

A esta voz, le pareció al mendigo ver cruzar por delante de sus ojos,